

LOS BUJALIS

“La vida, sin un buen vino, no vale un comino”



[Izda-dcha]

José A. Lasheras

Carlos Esparza

Alfredo G. Echarren

Ricardo Larrasoaña

Juan A. Inza

En la charla que mantuvimos, con Carlos Ciganda y Cía, éste había mencionado de pasada un nombre artístico que, en principio, resultaba divertido: *Los Bujaleros*. Ese nombrecito que a Eduardo, se le antojaba un tanto *calorro*, terminó siendo el plural de **Bujalis**, adjetivo árabe. Gracias a documentadas informaciones, los pasos nos llevaron a contactar con uno de sus fundadores.

Figura en la partida de bautismo con su nombre de pila, aunque en los ambientes musicales, se le conoce, por la mitad de su primer apellido. Y allí estaba, el cabello rizado, simpática sonrisa, voz y recuerdo de momentos compartidos por aquél mundo de las salas de fiestas, que hicieron fácil romper el hielo en esta conversación.

Se trataba de **Ricardo Larrasoaña**. A todo el mundo le resulta más práctico apodarlo *Larra*. Sesenta y dos años, natural de Marcilla. Tenía dieciséis, cuando formo parte de Los Bujalis, justo en 1960. En esos años, estaba en la capital, estudiando en los Escolapios, aparte de ayudar en el negocio familiar de carnicería. Conoció a los otros componentes, durante un festival. Estos se interesaron por aquel chico que destacaba por su voz. Pronto empezarán los ensayos.

- En Bujalis, estábamos: **Carlos Esparza**, conocido por (*Boris*); **Juan Antonio Inza**, cuyo padre cantaba en la coral, por lo cual tenía una gran afición. Dos guitarras españolas o “de palo”, armónica, maracas, el güiro, un ukelele y algún otro elemento de percusión. Estos eran los instrumentos que más utilizábamos.

Boris fue quien ideó el nombre artístico de *Bujalis*. Este nombre tan atípico, en lugar de ser un *palabro caló*, como aventuramos equivocadamente, parece proceder del árabe, teniendo *bujali*, por significado, *loco*.

- Con este nombre artístico y cantando casi todo en inglés, tiramos unos tres años. El resto de los componentes eran, **Alfredo González Echarren**, y otro, de quien no recuerdo el nombre de pila. Le apodábamos el *Banquero*. Éramos un *Combo de Voces*.

De su repertorio podríamos destacar **“Oh Sinner Man”** y otras canciones del folklore espiritual americano, que Bujalis sacaban de los discos de esa época, importados.

Empezaron a ensayar a destajo, hasta ocho horas al día. Esto les permitió ganar todo festival al que se presentaban. Entre sus más directos competidores, se encontraban, el anteriormente mencionado, Iñaki Gabilondo con sus Aralar.

- *Que no se olvide nadie del Teatro Olimpia, que estaba en lo que ahora es el Cine Carlos III. Continuamente se celebraban festivales. ¡Todavía no se veían las guitarras eléctricas! Precisa Larra.*

“LOS BUJALIS” EN PLENA ACTUACIÓN. (1961)



Larrasoña - J. A. Lasheras - Carlos Esparza - Alfredo Echarren - Juan Inza

Un día les ofrecieron un contrato para actuar fuera puertas, y llegaron las dificultades. Uno de los progenitores dijo que no. Los Bujalis, a pesar de no quedar testimonio sonoro, sus coetáneos afirman que sonaban muy bien. En esa época, proliferaban los *“Ochotes”*, pequeñas asociaciones, en este caso de ocho componentes y donde se armonizaban las voces. Lo que iba a suceder poco, un poco mas tarde, era algo que no se esperaba nadie y, pilló a todo el mundo musical con el paso cambiado. ¡La llegada del bando eléctrico! que pronto cautivaría a los jóvenes y cambiaría el mundo.

El quinteto de Ricardo Larrasoña, no tuvo tiempo de electrificarse y *Larra*, tras los impedimentos señalados, que no permitieron la consolidación del grupo, optó por pasar directamente al sector de la música de baile. Y lo hizo, colgándose primero la guitarra y más tarde el contrabajo y convergiendo así, con una orquesta de Sangüesa, se lanzó a una gira por los numerosos cabarets de Oriente Medio.

- *Cuando regresé, me metí directamente en la Orquesta Amanecer.*

Recuerda que Jesús Maganto, cantaba muy bien, y que compartieron escenario con los **OASIS**, pero no trabaja bien su memoria. Dice que no llegó a conocer a nivel local la irrupción de los conjuntos con las nuevas tendencias, y se considera más bien como lo que ha apuntado: *¡Un cantante de orquesta de baile!* Con su marcha a Oriente Medio, se perdió aquella secuencia evolutiva musical, que se iba a producir en su ciudad.

Queríamos establecer con ellos, con músicos como Larra y Bujalis, y los otros anteriormente mencionados, la diferencia de lo que había con lo que estaba por venir. Nos hemos fijado así en los antecedentes musicales más cercanos, a la proliferación de conjuntos electrificados de los sesenta.

Gente, como Ricardo Larrasoña, es la que se movía por los escenarios del momento. Su valía profesional y hambre de aventuras, a algunos de estos, les iba a llevar lejos. En el caso que nos ocupa, también hasta Estados Unidos y Canadá, donde los éxitos se sucedieron y donde *Larra* vivió, suelto y feliz.

- *Los mejores años de toda mi vida.* Afirma rotundamente.

Tuvo serias dudas, si quedarse o no, definitivamente en Canadá, pero el techo maternal tiraba de él, hasta el punto de que se dejó vencer y retornó a Europa. Primero con un contrato en Canarias. *Larra* ha alternado en los escenarios, entre otros, con Plácido Domingo, Diana Higtower, etcétera.

- *Me han pasado mil y una anécdotas. Con mi compañero Basiano, de la Orquesta Amanecer, puedo contar que, yo de noche al dormir soñaba en voz alta, no sé por qué, pero siempre me ponían con él. En Zaragoza me tiro un aparato de radio a la cabeza. Yo debía estar soñando con el encierro o algo así porque gritaba: “Que vienen, que vienen”. Me hizo una brecha y luego, cuando se despertó, me dijo que él no había sido.*

Este golpe debió de afectarle en grado sumo, ya que somos nosotros quienes tenemos que refrescar la memoria de este artista cantante y viajero, que ahora ríe feliz al lado de este equipo del CESID, recordando cómo conoció a la que más tarde sería y es su mujer.

- *Fuimos a actuar a un pueblo vasco de la montaña, en Basaburua Mayor, llamado **BEINTZA-LABAYEN** y, una de las chicas que había llegado, ex profeso, para ayudar en la fonda local, a servir los servicios de comidas, cenas, desayunos, etc, para la fiestas de la localidad, en una de las ocasiones, cuando nos estaba sirviendo la cena, o la comida (no recuerdo bien), se le cayó el plato, con todo el caldo y los pimientos por encima de mi pantalón. Un vaquero recién estrenado. Le amenacé: ¡Esto no acabará así! Le pedí el teléfono a una amiga suya y, quedamos en Donostia... ¡Oye, que nos casamos!*

Otrosí señalar, que uno de los componentes de este combo de música tradicional y folklórica, participó activamente en la consagración, de uno de los mejores conjuntos popero-rockeros, que llegarían a continuación. Fue y sigue siendo, Carlos Esparza (*Boris*), pieza muy importante en el desarrollo y resultados de Los Junior's. Aquí cerramos el capítulo de antecedentes, con un buen par de artículos de prensa, publicados en el sempiterno Diario de Navarra.

LOS “JULAIS” DE LOS BUJALIS



“Al final, el tiempo es justiciero. Con treinta y pico años de retraso, que se dice pronto, pero hay que vivirlos, ha salido en el periódico una fotografía de “Los Bujalis”. Y a los ex alumnos del Instituto Ximénez de Rada se nos ha echado encima un mundo arrinconado en la memoria, ahora que empezamos a soñar los recuerdos.

El chino del proverbio proclamó que “hay cuatro cosas que no vuelven: la palabra dicha, la flecha veloz, la vida pasada y la oportunidad perdida”. En una postal de blanco y negro aparecieron los desaparecidos “Bujalis” en las páginas del Diario Escolar. Los cinco con su traje gris, pajarita, cara de vergüenza y pose de tua-tua: Juan Antonio Inza, José Antonio Lasheras, Alfredo González Echarren, Ricardo Larrasoña y Carlos Esparza. En un rincón del alma y del álbum guardaba la fotografía Alfredo González Echarren, que ahora es director general de Interior del Gobierno de Navarra y entonces iba para bachiller en el “Ximénez de Rada”. Recordaba González Echarren que llegaron a cantar con María Ostiz antes de la cigarra y de un pueblo es; que ganaron un concurso y que actuaron en Sanfermines. Yo les recuerdo sobre el escenario del salón de actos del Instituto, salto a la fama que nunca llegó de cantantes, actores, humoristas, magos, prestidigitadores, poetas y charlatanes. Tardes festivas del “Insti” que abrían horizontes juveniles en unos planes de estudio tan cerrados como la sociedad.

“Los Bujalis” recordarán aquella tarde por la explosiva presentación que les hizo Luis Antonio Montes, el director. Salieron asustados, con sus cinco voces y sus dos guitarras, envueltos en el estruendo del abarrotado patio de butacas. “Los Bujalis”, por fin. Montes pidió silencio, que era mucho pedir. Lo consiguió. Entonces se acercó al borde del escenario, se armó de humor y armó la gorda:

“Y a continuación, os presento a estos cinco chicos. Van a triunfar. Con vosotros, los julais”.

Qué cisco. Las carcajadas estallaron en la sala. Julia y julai era el insulto afectivo de entonces cuando queríamos decirnos exactamente lo que José María Iribarren recoge en su “Vocabulario Navarro”: patán, pardillo, grullo, aldeano.

No seas jula, no hagas el jula, quita julay eran expresiones repetidas. Con el juego de palabras y el revoltijo de letras, el director rompió la barrera del escenario entre “Los Bujalis” y su primer público. Terminamos agotados: ellos de cantar y nosotros de aplaudir.

De los cinco julais de “Los Bujalis” uno conocería nuevos escenarios con otros conjuntos musicales: Ricardo Larrasoña, el de la tocinería de la calle Mayor donde colgaban las longanizas como esos nada oscuros objetos del deseo. En pocos días “Larra” ha pasado dos veces por el periódico, una vestido de “bujali” y otra de “Nueva Etapa” en los 25 años de la orquesta. Era la voz del Club Natación. El Sinatra de las orillas del Arga. La última vez que le aplaudí cantaba “El pájaro chogüy”, aquélla de “cuenta la leyenda que en un árbol se encontraba encaramado un indiecito guaraní”.

Y me encontré en el salón de actos del Instituto con los julas de “Los Bujalis”. Un personaje de Mateo Díez dice que “el pasado es una especie de presente sin alma”. Qué va. Alma es lo único que tiene”. (Textual)

Firma: **José Miguel Iriberry**

MIS AÑOS DE COLEGIO

Alfredo González Echarren, director general de Interior del Gobierno de Navarra

Ingeniero técnico, estudió en los colegios Vázquez de Mella y Escolapios, y en el instituto Ximénez de Rada de Pamplona

Alfredo González Echarren es el director general del departamento de Interior del Gobierno de Navarra. Nació en la calle Jarauta de Pamplona el 23 de marzo de 1943 y fue bautizado en la capilla de San Fermín. Hijo de Baltasar y de Concepción, tiene una hermana dos años menor que él, Ana María, está casado y es padre de un hijo de 21 años.

Alfredo González vivió su infancia en la calle Baja Navarra, estudió en el colegio Vázquez de Mella de la calle Teobaldos desde los 6 a los 8 años y después, hasta los 11, en los Escolapios. Realizó sus estudios de bachiller en el instituto Ximénez de Rada e inició la carrera de Ingeniería Técnica en la Universidad Laboral de Tarragona, en donde permaneció durante dos años. Debido a problemas administrativos, según cuenta, perdió un curso escolar y terminó su carrera en Bilbao.

Con el título bajo el brazo comenzó a trabajar en una empresa y, después, en la administración foral como funcionario. En el momento actual completa su segunda etapa al frente del Departamento de Interior, del que dependen la Policía Foral, los bomberos y el servicio de urgencias Sos Navarra. También es licenciado en Derecho.



Alfredo González Echarren.

Timido

Alfredo González rescata de la memoria con relativa sencillez los nombres de personas que vivieron junto a él sus años de colegio. «Recuerdo a la señorita Amparo, en Vázquez de Mella, al padre escolapio Ebelio García, de Egdúzquiza, a compañeros como Joseito San Martín, Purroy, Pedro Goicochea. También guardo recuerdos de profesores de Ximénez de Rada: Montés, Salanueva, San Martín... Este último nos enseñaba Matemáticas».

—A usted le tocaba almorzar aquella leche en polvo que repartían en todos los colegios españoles a comienzos de los años 50.

—Sí. Pero tenía la suerte de que me gustaba.

—¿Usted era extrovertido, activo, estudioso, tímido...?

—A causa de que me cambié de colegio y de que fui bastante itinerante, debo ser un hombre con muchas influencias. Yo era más bien tímido, parado, según me cuentan mis padres. No di excesivos problemas ni en clase ni en casa. Eso sí, siempre he practicado el deporte con gran entusiasmo, el baloncesto especialmente.

—Dado que estudió ingeniería,

se le darían bien las matemáticas.

—Y la física. En estas dos materias siempre obtuve resultados brillantes. No así en literatura o historia.

—¿Pero porque no le gustaban o porque no las asimilaba fácilmente?

—Lo cierto es que en el instituto tuve un gran profesor, José Ramón Castro. Sus clases eran amenas, lo recuerdo muy gratamente... Pero la literatura y la historia no me iban. Y es curioso, porque con el tiempo saqué la carrera de Derecho y hoy me interesan sobre todo los temas jurídicos. Y soy muy detallista con el lenguaje.

—Es decir, que sus aficiones y gustos han cambiado respecto a aquellos años.

—Y mi personalidad. Mucho. Ahora creo que soy más extrovertido, por ejemplo. El otro día me dijeron también que soy buen comunicador.

—¿Qué le ha hecho experimentar esta evolución?

—Quizá vivir fuera de casa, cuando estuve en Tarragona y Bilbao, la libertad con que te desenvuelves

en esos ambientes. Creo que esto me hizo cambiar bastante.

La afición por la música

—Ha hablado de los cambios en sus aficiones y en su carácter. ¿Algo permanece en usted con la misma intensidad que hace cuarenta años?

—Mi afición por la música, por ejemplo, que conservo desde pequeño.

—¿Hasta qué límites llevó dicha afición?

—En un momento dado les llegué a plantear a mis padres que quería estudiar en el conservatorio, pero me lo quitaron de la cabeza. Con el tiempo formé parte de un grupo en Pamplona y, antes, de otro en Tarragona. En Pamplona fundamos el grupo de los «Bujalís». Cantábamos temas de música folk, con mucha carga vocal y poca instrumentación. Formábamos el grupo Juan Antonio Inza, José Antonio Lasheras, Ricardo Larrañoña, Carlos Esparza y yo.

—¿De qué años habla?

—De 1962 y 1963. Yo tenía 20 años. Llegamos a tocar con María Ostiz y, en unos Sanfermines, nos dejaron participar entre actuaciones y actuación del concurso de ochotes del teatro Gayarre. También ganamos un certamen abierto que se celebró en el cine Carlos III. Con el dinero del premio nos compramos uniformes y desde entonces actuábamos todos vestidos igual.

—¿Todavía se anima a cantar o



Una foto de Alfredo González Echarren con 8 años, cuando era estudiante del colegio Vázquez de Mella.



Juan Antonio Inza, José Antonio Lasheras, Alfredo González Echarren, Ricardo Larrañoña y Carlos Esparza, integrantes del grupo los «Bujalís», durante una actuación en el cine Carlos III de Pamplona.

tocar algún tema?

—Bueno... De vez en cuando, en alguna reunión familiar, «aparte» la guitarra, pero nada más.

Puntual

—Piense en un día normal de clase, cuando usted acudía cada mañana a Vázquez de Mella.

—Recuerdo iba andando desde mi casa, solo, y que los inviernos eran muchos más fríos. Entre clases y en los recreos hacía lo que me imaginaba que haría la chavalería, juegos de nada.

—¿Y era puntual?

—Sí, siempre me ha gustado la puntualidad.

—En clase seguramente disfrutaría de algunos momentos verdaderamente gloriosos y de otros un poco más amargos. ¿Se acuerda de alguno en concreto?

—Me acuerdo que aprendí a dividir antes de tiempo. A una vecina, Carmen, le pedí que me

enseñara a dividir cuando en clase todavía estábamos con las multiplicaciones. Al día siguiente le dije a la señorita Amparo que había aprendido a dividir. Me plantó una división larga y se la hice bien. Y pasé a la clase siguiente. No sé si es para contarle, porque parece un poco presuntuoso, pero lo recuerdo perfectamente.

En cuanto a una anécdota de otro tipo... En Escolapios jugaba un día con el tintero en el pupitre mientras rezábamos el rosario. Hasta que se me cayó al suelo. El padre Ebelio me pegó dos sopapos y me expulsó dos días a casa.

—¿Echa de menos aquellos años?

—Yo me lo pasé muy bien, pero no se puede echar de menos nada. Lo que hace falta es tener ilusión e ir quemando etapas. Hay que buscar siempre una meta. Aquellos años los recuerdo con cariño, incluso la leche en polvo y un queso amarillo que nos daban... Incluso la anécdota de las tortas y el

tintero en Escolapios me parece ahora un momento bonito, pese a que entonces no lo fuese.

—¿Había algo que le asustase cuando era niño?

—No... No especialmente.

—¿Y algo que le costase comprender?

—La poesía, la literatura.

—¿Qué enseñanza escolar ha guardado como oro en paño hasta hoy?

—Ningún profesor me marcó especialmente. Sí lo hizo, sin embargo, un libro. «El Criterio», de Jaime Balmes, que es un tratado sobre el sentido común, en definitiva.

—¿Cometió alguna travesura de la que nunca se supo el autor?

—Cuando fui yo, siempre se supo. En fiestas de Sangüesa unos amiguetes y yo le robamos a mi tía unos conejos que tenía parmerendar... Pero se supo a las dos horas.